

Teobaldi, Daniel

Leopoldo Lugones y la doctrina del perfecto amor

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Teobaldi, Daniel. “Leopoldo Lugones y la doctrina del perfecto amor” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/leopoldo-lugones-doctrina-amor.pdf> [Fecha de consulta:]

Dr. Daniel Teobaldi
Universidad Nacional de Villa María

Leopoldo Lugones y la Doctrina del Perfecto Amor

En los últimos años de su producción literaria, Leopoldo Lugones demostró una creciente preocupación por las consecuencias históricas y culturales que trajo la aparición del Cristianismo. En los numerosos estudios y ensayos publicados durante la década de 1930, Lugones insiste con la idea del Cristianismo como sinónimo del desarrollo de la civilización occidental, a diferencia de lo que defendía años antes, cuando mostraba un compromiso más profundo con los estudios críticos de interpretación de la civilización grecolatina, en los que planteaba un argumento opuesto.

En un conjunto de ensayos publicados entre 1935 y 1937, Lugones establece que en torno a la Cristiandad se nucleaban tres instituciones fundamentales: la Cortesía, la Iglesia y la Caballería, y vincula a la Cortesía con la Doctrina del Perfecto Amor. Lugones toma, como punto de partida, la *Vita Nuova*, de Dante Alighieri, obra en la que encuentra el significado profundo de una obra poética, en tanto demuestra cómo el Perfecto Amor constituye “un sistema de purificación en la belleza” (Lugones, I, 1).

En efecto: si se tiene en cuenta que la belleza, junto con la verdad y el bien, forma parte de los universales sobre los que Lugones ha establecido su doctrina estética, y que ha sostenido la misma a lo largo del tiempo con leves variantes, será posible verificar el sentido completo que le otorga a este universal, en tanto se configura como una forma de acceder a un grado superior. Este es el grado que Lugones asigna a los poetas medievales, que supieron cantar al Perfecto Amor, especialmente los trovadores provenzales y los poetas que conformaron la renovación de la poesía italiana, denominada *stil nuovo*.

Lugones repasa la historia de ambos grupos literarios, indicando la clave que habría de implicarlos a ambos:

La renovación estética y literaria que acabo de mencionar tenía por causa profunda la doctrina inspiradora llamada el Perfecto Amor, que nunca condenó la Iglesia, no obstante sus pecaminosos riesgos, y que consistía en la regeneración por medio del amor sublimado en un misticismo; con lo cual, y por doble motivo, según se ve, aquello engendró realmente una nueva vida.

(Lugones I, 1)

En este sentido, Lugones valora la creación literaria como una forma concreta de acercarse a la perfección que propone la belleza. Sin embargo, va desentrañando el significado verdadero de la Doctrina del Perfecto Amor, en cuanto un proceso que conduce a un estado de plenitud, no abstracto, sino efectivo:

Cortesía y honestidad son la misma cosa, afirma Dante en el *Convivio*: es decir aquella virtud de saber amar sin lascivia, domando el instinto, disciplinándolo al juego de la continencia. Así, el Perfecto Amor era vida "regenerada", lo cual dice generada otra vez en sí por acto racional de la voluntad. Vida "regenerada", mientras la generación es vida vivificante o reproductora, sin que esto signifique inferioridad de ninguna clase ni oposición entre sí, porque define tan sólo estados distintos. El Perfecto Amor triunfa en la luz de la mirada, que es alma visible, y logra la plenitud en la flor del beso, malogrando voluntariamente el fruto mediante la espiritualización del deseo: estado de perfecta dicha en que consiste el premio singular del heroísmo que demanda. Lo que en la correspondiente alegoría se llamaba la conquista del Graal. Por esto dice el poeta en el parágrafo décimo nono de la *Vita* que los ojos son el principio y la boca el fin del amor. (Lugones I, 1)

Continencia, vida regenerada, espiritualización del deseo. Son los verdaderos sostenes de Amor Perfecto, por cuanto tiene, en signos externos, sólidos fundamentos para lograr efectos superiores en el hombre, pues si el hombre puede establecer un modo de vincularse con lo supremo, el camino místico, promovido por el Perfecto Amor, le asegura una visión mucho más amplia de la realidad. Me refiero a una **visión unitiva** de la realidad. Por eso, Lugones afirma que, según la Doctrina, el objeto del amor carnal es el engendro del hijo, y el del Perfecto Amor es la creación del ángel. Por eso se planteaba una **visión unitiva**, porque, de la primera unión terminan participando tres seres, mientras que de la segunda uno solo, por lo que resulta místico o unitivo en su esencia.

La Cortesía, según insiste Lugones, constituye una creación que, desde la poesía, permite establecer la realización de un ideal pleno, junto con la Caballería. Pero en el fundamento de ambas está la Doctrina del Perfecto Amor, sin la cual ninguna de estas instituciones tendría un sustento en el cual apoyarse. Hay entre la Caballería y la Cortesía una interrelación armónica, en tanto entre una y otra se establece un proceso de reconocimiento del plan de Dios, como parte del plan de salvación. Teológicamente, el esbozo que traza Lugones, sigue una coherencia, porque estas instituciones confirman, por una parte, la visión unitiva que mencionaba antes; y por otra, establece un efecto concreto en la vida del hombre: cooperar en el cumplimiento del plan de salvación en el cual está participando la Creación entera:

Agentes de la equidad y de la belleza, el caballero andante y el poeta caballeresco que era el trovador, no pocas veces caballero a la vez, la caballería u orden de su obediencia a la norma común libremente adoptada - libertad es la aceptación del deber- la caballería, digo, fue una realización poética; y con esto, además, un prodigio cristiano, desde que el objeto del cristianismo es la realización del ideal o plan divino sobre la tierra. Plan que

según la doctrina agustiniana, da a nuestra vida el sentido de una misión cuyo objeto es desarrollar y perfeccionar de acuerdo con él la Creación así conceptualizada. La Caballería fue una de las formas eminentes de esa colaboración con Dios. (Lugones I, 1)

Por eso no es extraño que Lugones asocie heroísmo y Perfecto Amor con acciones que dominan la materia, facilitando el proceso civilizatorio, que suma a la mujer como fuente de inspiración que, mediante símbolos y alegorías, la elevan por encima de toda creación. Dante Alighieri, cuya obra es el punto de partida de Lugones para toda su reflexión, opera de este modo, asumiendo, junto con sus adláteres Fedeli d'Amore, un culto de la *Madonna* en su estado más excelso:

La mujer-espíritu era el ángel conductor a la gloria, o revelación de la vida eterna que anunciaba, como la salutación del divino mensajero de la Elegida; y por esto el saludo de la amada mereció elogio tan especial en la poesía de todos los trovadores, inclusive el de la *Vita*, claro está, a título de trascendente iniciativa. Así, el párrafo tercero, en el cual la simpatía se manifiesta por primera vez, menciona "el dulcísimo saludo" como el término de toda beatitud, y fija a su acontecimiento la hora nona cuya importancia mística veremos más adelante; mientras el concepto monitor, diríamos, de *La Divina Comedia*, está en aquella angélica conducción de Beatriz. (Lugones I, 1)

La idea de asociar ángel con mujer remite a la convicción de que en la mujer aparecen coligados la acción y el sentido mediadores del Creador, junto con el fundamento corredentor. Así, en este entramado, la mujer es el eje de la revelación divina, que debe ser manifestada a través de una operación estética, que involucra a la palabra poética como principio, y que se despliega originariamente en el *Magnificat*, en boca de la misma Virgen María, y en la palabra poética de los trovadores del Perfecto Amor.

Lugones describe este procedimiento mediante un punto de partida de lo que la palabra ordinaria comunica, para dejar abierta la perspectiva simbólica que se establece a partir de la actitud mística del poeta:

Sin palabra no hay comunicación mental, ni civilización posible, ni humanidad, propiamente dicho. La categoría del hombre en la Naturaleza proviene de dicha facultad; y con esto, puede apreciarse la importancia de su organización. Adecuar la erudita al uso corriente, transformándola y propagándola como lenguaje vulgar, resulta, pues, eminente servicio público que prestan los escritores -mejor aún los poetas- desde que el idioma constituye una obra de arte. Cada palabra es, en efecto, una imagen, y realiza de consiguiente la operación artística esencial, que consiste en representar materialmente lo invisible y lo abstracto. Trátase, al propio tiempo, de una evocación musical cuya eficacia aumenta con la organización artística; y todo ello explica cómo y por qué al transformar la poesía cristiana en latín rústico el clásico, mediante las plegarias y los himnos que recitaba o cantaba el pueblo, creando ritmos propios a la nueva expresión, engendró esta los cinco romances que habla ahora la cristiandad. (Lugones II, 1)

Como se ve, lo que Lugones recupera es el valor meramente lingüístico de la lengua, para dar una proyección mística a la expresión poética, como forma de un verdadero culto, con connotaciones religiosas:

Culto, en efecto, porque si bien se ve, la poesía es un don místico; vale decir un estado de intimidad amorosa con la vida esencial. Estado heroico es por su parte el amor que torna al hombre generoso y valiente. Y así fue como trovador y paladín completáronse en aquella civilizadora religión del heroísmo y la belleza. No uso en vano de estos términos. Heroísmo, amor,

generosidad, expresan fe, esperanza y caridad respectivamente; y tal cual las virtudes teológicas, determinanse y complétanse entre sí. Nunca resultó más claro que es la mujer quien civiliza. Traer el ángel a la tierra, era por sí solo empresa de iluminación; la incomparable empresa de exaltar en la mujer un esplendor de teofanía: aquella misma gloria con que viste de sol, calza de luna y corona de estrellas a la Reina Celestial el Libro del Águila (Juan, Apoc., XIII, 1). (Lugones I, 1)

“Un estado de intimidad amorosa con la vida esencial”, “Nunca resultó más claro que es la mujer quien civiliza”, “la incomparable empresa de exaltar en la mujer un esplendor de teofanía”, son modos de inteligir una cosmovisión que se conforma de estados que se van complementando. La visión unitiva lleva a Lugones a contemplar la actitud que tuvo el poeta de los Fedeli, al exaltar los valores plenos de la Doctrina del Perfecto Amor. En efecto: fueron los poetas de los Fedeli d’Amore, con Dante Alighieri a la cabeza, quienes dieron luz a esa manera de comprender el nuevo estilo de una lírica que nacía no solamente para expresar el amor circunstancial, sino para profundizar en el verdadero amor, en su sentido más amplio y más pleno:

El *dolce stil* expresó, sin duda, un renacimiento caballeresco, pero como un nuevo estado del alma que idealizó con mayor delicadeza el culto de la mujer angelical, reflejando su iluminación sobre la sociedad entera, así mejorada, después de aquella espantosa crisis de la anarquía medioeval en que peligró de muerte la civilización al doble alzamiento del feudalismo y la herejía. Estado de alma que fue una verdadera redención en la belleza y en la esperanza; destierro de la esperanza, al perder la gracia de Dios, es el concepto dantesco de la condenación (...). Nunca tuvo la influencia social de la poesía tanta eficacia y esplendor; con lo cual la obra de los artistas del

dolce stil, resultó la maravilla principal en aquel decimotercio siglo de las maravillas. (Lugones II, 1)

El Perfecto Amor se dispone, pues, como una actitud que convoca las profundas aspiraciones del ser humano, concentradas en la figura de la mujer. Sin otros aditamentos que el amor concebido en toda su pureza, el Perfecto Amor implica una marca vertical en la concepción que Dios tiene del hombre, en tanto cumple con el precepto evangélico sobre el amor, expresado por San Juan en sus cartas.

Sin embargo, y a diferencia del Vidente de Patmos, los Fedeli d'Amore, logran, desde su actividad lírica, componer una delicada ofrenda de un amor que se configura como humano, pero que se establece desde sus más profundas y originarias raíces divinas.

En efecto: cuando Lugones recupera la Doctrina del Perfecto Amor, como actitud de una institución como la Cortesía, junto a la Caballería y a Iglesia, no está haciendo más que restablecer, intelectualmente y desde la historia cultural de Occidente, una institución que fue la mentora directa de los soportes de la cultura y de la sociedad medievales.

Se trata, sin dudas, de un capítulo tan gravitante como necesario, para revisar y para evaluar sus proyecciones.

Visión unitiva y operación estética son dos modalidades para disponer la materia poética, con el claro afán de recomponer un orden que el poeta debe dar a esa materia.

La Doctrina del Perfecto Amor es un estatuto que logra alcanzar un plano superior, alentado desde las laderas trascendentes: la verdad, la belleza y el bien, valores en los que Lugones recurre, dado que su cosmovisión, a pesar de las transformaciones que ha ido teniendo en el decurso de su pensamiento, se asienta en estos tres pilares.

La novedad que implica esta consideración de la Doctrina del Perfecto Amor, se justifica en el círculo que describe el arco de su pensamiento, asentándose en valores católicos, como una forma de empezar a ver, desde otras perspectivas, aquellas lejanas

enseñanzas religiosas que abrevó en la niñez, y que el científicismo y la teosofía nublaron en un momento prolongado de su vida.

No obstante, y como una muestra de que el poeta es una unidad, Lugones también despliega en la creación poética aspectos de lo que habría de desarrollar conceptualmente. En un poema titulado “Romanza del Perfecto Amor”, publicado en forma contemporánea a los estudios citados en este trabajo, nuestro autor recupera la atmósfera y la temática que lo sindicaban como un discípulo dilecto de aquellos Fedeli d’Amore, como una manera concreta de mostrar que esa tradición sigue en pie:

Oye, Amada, la noche. Qué serena/ La luna se levanta/ Sobre la mar y sobre
tu hermosura/ La noche canta.

Oye, Amada, la fuente. En lo profundo/ De la calma sonora,/ Con música más
dulce que ese canto/ La fuente llora.

Oye, Amada, el silencio. Qué reposo/ De pasión, de congoja y de batalla./
Reina la perfección sobre los lirios./ La dicha calla. (La copa de jade, *La Nación*, 14 de julio de 1935)

Bibliografía

Lugones, Leopoldo. “La Doctrina del Perfecto Amor en la *Vita Nuova*. I. El Perfecto Amor”, en *La Nación*, Buenos Aires, 1 de septiembre de 1935, p. 1

Lugones, Leopoldo. “La Doctrina del Perfecto Amor en la *Vita Nuova*. II. La Vida Nueva”, en *La Nación*, Buenos Aires, 8 de septiembre de 1935, p. 1

Lugones, Leopoldo. “Romanza del Perfecto Amor”, La copa de jade, *La Nación*, 14 de julio de 1935, p. 1.